

era con la permanencia del príncipe Carlos en el mando superior del ejército de Bohemia. En lugar de copar ó de aniquilar con triple número de fuerzas á la division del príncipe de Prusia, no supo hacer mas que empujar hácia la Lusacia esta parte de las fuerzas prusianas, y cuando estas salieron con armas y bagajes de Zittau, ciudad pacífica, abierta, industrial y mercantil, incendiarla con granadas y balas rojas. Tal fué la única heroicidad que supo llevar á cabo, y que la misma emperatriz no tuvo valor de aprobar, segun se ve por las siguientes palabras que ella misma escribió: «El hecho es que hemos reducido á cenizas á todo Zittau, y esto sin que estuviera en ella la guarnicion que evacuó la ciudad á nuestra vista con todos sus cañones, municiones, carros y víveres, suficientes para proveer á todo el ejército durante cuatro dias. Esto ni es grato ni honroso. El enemigo está con 24,000 hombres al alcance de nuestras manos, y no podemos hacer nada con nuestros 80,000 hombres.»

En 27 de julio habíase reunido el rey Federico en Bautzen con los restos del ejército de su hermano que encontró en tristísima condicion; pero bastó la sola reunion para hacer perder al príncipe Carlos, que continuaba en la proximidad de Zittau, las ganas de atacar en muchas semanas. Esta inaccion permitió al rey Federico encargar al duque de Bevern y al general Winterfeld la defensa de la Lusacia y de la Silesia dejándoles la mayor parte de su ejército, á saber, 40,000 hombres, para dirigirse él con 20,000 hácia la Turingia á fin de arrojar de Erfurt á los franceses y á las tropas federales. En el camino le alcanzó la noticia de que el anciano feldmariscal Lehwaldt habia sido derrotado por los rusos en 30 de agosto cerca de Gros-Jägerndor, y al llegar á Erfurt recibió otra noticia verdaderamente contundente.

Era que el duque de Bevern habia establecido un campamento cerca de Görlitz en la orilla izquierda del Neisse, y que el general Winterfeld, que habia quedado con 10,000 hombres en la orilla derecha, habia sido sorprendido cerca de la aldea de Moys por el general austriaco Nadasdy en 7 de setiembre con 25,000 hombres; y en la accion sangrientísima que siguió, quedando los austriacos rechazados, habia muerto el citado general prusiano de un balazo en el pecho. La muerte de este distinguido guerrero afligió al rey hasta el fondo de su alma. Sobre esto escribió desde su campamento cerca de Erfurt á su hermana en 17 de setiembre: «¡Desgracia sobre desgracia! Parece que el destino quiere descargar toda su furia sobre el pobre país que me ha tocado gobernar. Los suecos han entrado en la Pomerania; los franceses han firmado un tratado de neutralidad con la Inglaterra, muy humillante para esta última, y avanzan amenazadores para ocupar los territorios de Halberstadt y Magdeburgo. De la Prusia Oriental aguardo de un día al otro la noticia de una nueva batalla en la cual están nuestras fuerzas en la proporcion de 25,000 contra 80,000. Los austriacos han penetrado en la Silesia adonde les sigue el príncipe de Bevern. Yo he avanzado hasta aquí para echarme sobre estos ejércitos aliados que se me han escapado para atrincherarse en las montañas detrás de Eisenach á donde me prohiben seguirlos todas las reglas del arte de la guerra, cuanto mas atacarlos; pero en cuanto vuelva á Sajonia me seguirá todo el enjambre, y yo estoy decidido á echarme sobre el primero de todos estos generales enemigos que se me acerque, resulte de ello lo que quiera. Aun bendeciré al cielo por su misericordia si me permite morir con la espada en la mano. Si esta esperanza resultare tambien fallida, convendrás conmigo en que seria demasiado duro para mí ponerme de hinojos ante una caterva de traidores que han tenido la suerte de perpetrar su crimen con buen éxito y de poder dictarme la ley.

Mi querida é incomparable hermana: ¿cómo podría yo dominar los sentimientos de venganza y de indignacion que me animan contra todos mis vecinos, entre los cuales no hay ninguno que no quiera acelerar mi caída y tomar parte en mi despojo? ¿Cómo puede un príncipe sobrevivir á su monarquía, á la gloria de su nacion y á su propia honra? Que un príncipe elector de Baviera todavia niño ó mejor dicho retenido en la menor edad por sus ministros, sea sordo á la voz del honor y se incline como esclavo ante las órdenes de la casa de Austria, y bese la mano que oprimió á su padre, es perdonable atendidas su juventud y necedad; pero ¿es este un ejemplo que he de seguir yo? No, querida hermana mia, tú piensas con demasiada nobleza para darme tan cobarde consejo. ¿Ha de ser la libertad, prerogativa preciosa, menos cara á los soberanos en este siglo XVIII que lo fué algun día á los patricios de Roma? ¿Y dónde está escrito que la grandeza de alma de un Bruto y de un Caton excediera á la de príncipes y reyes? La fortaleza de ánimo consiste en resistir á las desgracias; solo los cobardes se encorvan bajo el yugo, arrastran pacientemente sus cadenas y soportan tranquilamente la opresion. Jamás, querida hermana, descenderé hasta semejante deshonra. El honor, por el cual he expuesto mi vida cien veces en la guerra, me ha hecho indiferente á la muerte por cosas mas tenues que estas. La vida no vale la pena de que uno se agarre á ella tan angustiosamente, sobre todo cuando se prevé que no ha de ser mas que una cadena de padecimientos, y que el alimento diario ha de venir empapado en lágrimas. El dolor dura siglos, la muerte solo un instante. Si yo solo escuchara mi inclinacion, me habria despedido del mundo al momento de haber perdido la desgraciada batalla (de Kolin); pero he reflexionado que esta seria una debilidad y que mi deber es enmendar el mal que ha sucedido. Mi amor á la monarquía se ha vuelto á despertar y me he dicho: fácil es encontrar defensores en la prosperidad, pero no en la desgracia; he empeñado mi honor en colocarlo todo otra vez en su verdadero carril y en la Lusacia lo he logrado al cabo; pero apenas he venido aquí á toda prisa para hacer frente á nuevos enemigos, me derrotan y matan á Winterfeld cerca de Görlitz; los franceses penetran en el corazon de mis Estados, y los suecos bloquean á Stettin. Hoy no puedo ya enmendar nada; los enemigos son demasiado numerosos, y aunque yo derrotara dos ejércitos, me trituraria el tercero....»

No era tan mala la situacion como el rey se la figuró; pero no dejaba de ser comprometida. Lo bueno era que los ejércitos, que á haber obrado en armonía siguiendo un plan comun, habrian aniquilado al rey de Prusia, se mostraron maestros en el arte de hacer lo contrario de lo que les convenia; y si á alguno de ellos le ocurrió un pensamiento bueno, fué ejecutado tan torpemente ó con fuerzas tan insuficientes, que por regla general les causó mas perjuicio que utilidad, y nunca obtuvo un éxito verdadero.

Las malas nuevas de Lusacia que fueron seguidas por otras peores de Silesia determinaron á Federico á abandonar la Turingia el 10 de octubre, y recibiendo entonces la noticia de que se habia destinado una division enemiga á invadir la provincia de Brandeburgo, se dirigió á Torgau y ordenó al príncipe Mauricio de Anhalt y á Fernando de Brunswick que se dirigiesen inmediatamente á Berlin. En efecto, á la vista de Berlin se presentó el 10 de octubre el teniente feldmariscal austriaco Andrés Hadik con 3,400 hombres por el lado del Sudeste, procedente de Lusacia. Rompió á cañonazos las cadenas del puente levadizo del río Spree; caído el puente, pasó con sus granaderos el río, destruyó la puerta de la ciudad y se estableció con su caballería en el dilatado campo de Köpenick que se extendia por el

interior de la ciudad desde la puerta de Silesia hasta la de Kottbus. Antes que los habitantes de Berlin descubrieran el poco número de los enemigos que tan mortal espanto les habian causado, y antes de que hubiese podido llegar el príncipe Mauricio de Anhalt, se habia marchado ya Hadik con su gente y con 225,000 talers de contribucion de guerra que el ayuntamiento le habia reunido en un par de horas; con esto y con 426 prisioneros y 6 banderas volvió á Bautzen. Tambien por esta excursion recibió la gran cruz de la orden de María Teresa.

Esta tormenta habia pasado tan pronto como habia venido.

El rey Federico estaba á punto de dirigirse desde Torgau á Silesia para libertar á Schweidnitz que estaba sitiado por los austriacos, cuando supo por Keith, el dia 23 de octubre, que el ejército del imperio avanzaba hácia el río Saale, es decir, hácia Leipzig. Esto hizo que cambiara de plan dirigiéndose inmediatamente á esta última ciudad, donde tuvo reunidos no mas tarde que el 27 de octubre 31 batallones y 45 escuadrones, con los cuales á los pocos dias marchó en direccion del río Saale, pisando los talones al ejército del imperio que al saber su aproximacion habia vuelto las espaldas con la mayor presteza. Junto á Weissenfels, Merseburg y Halle pasaron sus divisiones el río el dia 3 de noviembre y se reunieron á la caída de la tarde del mismo dia cerca de Braunsdorf, situada junto á la carretera de Merseburg á Weissenfels, á unos siete kilómetros al Sudeste de Múcheln, donde, como ya sabemos, se hallaban reunidas las tropas francesas y las del imperio.

Antes de que pasemos á narrar los sucesos del 4 y 5 de noviembre, intercalaremos aquí lo que á guisa de preludio habia ocurrido el 14 de octubre en Regensburg.

El emperador de Alemania, esposo de María Teresa, habia hecho redactar con fecha 22 de agosto de 1757 una citacion, mandando comparecer al príncipe elector de Brandeburgo para intimarle que presentara en el plazo de dos meses á contar desde la fecha de la citacion, motivos suficientes contra la acusacion de violador de la paz del imperio, etc., y que no haciéndolo, seria condenado sin remision. Esto lo hizo el emperador Francisco por ser formalidad de costumbre que solia preceder á la sentencia de ser declarado fuera de ley en el ámbito del imperio. A fin de evitar toda aplicacion abusiva de los fueros del imperio al caso internacional entre el Austria y la Prusia, el embajador prusiano en Regensburg, caballero de Plotho, habia hecho toda clase de protestas y reservas sin alcanzar mas que una próroga del rayo imperial. En 8 de octubre envió el fiscal del imperio, Helm, la «citacion fiscal» á Regensburg encargando al notario del imperio y abogado bávaro Jorge Aprill que la entregara al embajador prusiano. El acto de la entrega está descrito por el mismo Aprill en el acta notarial que fué publicada impresa al poco tiempo y en la cual se narra el suceso con incomparable minuciosidad para memoria de los contemporáneos y de la posteridad. A pesar de haberse hecho acompañar por dos testigos, resulta el citado documento un poco dudoso en un solo punto; porque presenta la entrega de la citacion como verificada con las formalidades legales, diciendo que Plotho habia leído la citacion, lo cual este último negó despues pública y enérgicamente, diciendo que él ni siquiera habia permitido que se llegase á tanto, sino que tan pronto como vió de qué se trataba, habia obrado con la energía que estaba dentro de su carácter y dentro de su manera y lógica de mirar el asunto. Sin decir el objeto habiase hecho anunciar al embajador el notario Aprill el 13 de octubre diciendo solamente que tenia que hablar con él. Le contestaron que el señor estaba resfriado y que se dirigiese á su

secretario; mas insistiendo el notario en que habia de hablar personalmente con el embajador, se le dió hora para las doce del día siguiente, que era el 14 de octubre. A la hora fijada presentóse el notario en la casa que habitaba el embajador, donde le hicieron entrar en una antesala del segundo piso. Apenas hubo entrado cuando Plotho llegó en bata de casa por una puerta lateral preguntando á los visitantes qué se les ofrecia, á lo cual contestó Aprill, segun refiere, entregando los documentos y diciendo: «Tengo que entregar á V. E. el presente escrito del cual verá que es una citacion para S. M. el rey de Prusia, á fin de que presente motivos bastantes para deshacer la acusacion fiscal y la declaracion imperial.» Luego añade que Plotho habia tomado en sus manos la citacion junto con la acusacion y que las habia «leído y habia quedado enterado de su contexto.» Plotho en cambio asegura en una Memoria fechada en 29 de noviembre de 1757 y dirigida á la dieta federal en Regensburg, que Aprill habia sacado de su seno un paquete doblado in folio y que se lo habia presentado sin decir palabra con la timidez «que esta clase de gente acostumbra, por cuya razon él lo habia admitido sin malicia, creyendo positivamente que seria una requisitoria dirigida á algun distrito judicial prusiano referente á un pleito pendiente en la ciudad de Regensburg, á fin de que lo hiciese llegar con seguridad á su destino; pero como el notario luego añadiera con voz temblorosa: «La acusacion y pedimento de declarar fuera de la ley:» interrumpióle Plotho conforme era su derecho, y obligándole á encargarse otra vez del paquete, le hizo salir por la puerta afuera como merecia. Todo esto apenas duró un minuto.» Luego repite Plotho que de ningun modo habia oido la relacion del supuesto notario, ni mucho menos hojeado y leído su escrito.

Veamos ahora cómo cuenta Aprill el caso. Segun él, Plotho perdió en el primer momento el color, y luego se encendió un tanto pasando muy pronto á una cólera violenta, de modo que no supo dominarse ya, y dirigiéndose al notario con los dos brazos levantados al aire, las manos temblando y la cara encendida y teniendo en su mano derecha la citacion y la acusacion le apostrofó: «¿Qué quiere decir esto, tunante? A lo cual contestó Aprill, que su deber de notario le obligaba á presentarle aquellos documentos. Plotho sin hacer caso de esta reflexion cogió al notario por las solapas de su capa diciendo: «Te los volverás á llevar!» Como el notario rehusara, le metió el embajador por fuerza los documentos en el bolsillo del pecho del gaban y teniéndole todavia por la capa le empujó fuera de la puerta diciendo á dos criados que allí estaban: «¡Arrojadle por la escalera abajo!» Los criados sin embargo estupefactos no supieron qué hacer, nos acompañaron y nos obligaron á salir de la casa sin ponernos las manos encima.

Era ya un caso rarísimo, posible solo en el sacro romano imperio, que el embajador de un soberano contra el cual se habia decretado solemnemente la acusacion, y al cual en aquel mismo momento un verdadero ejército federal hacia la guerra, pudiera conservar voz y voto en la dieta como si nada sucediese. Lo menos que podia esperar el emperador de su citacion era que acabaria con semejante situacion irracional; y no obstante no sucedió así. La risotada general y burlona que excitó la suerte del notario imperial, hizo imposible la repeticion del mismo acto, y finalmente comprendió el emperador, cosa que deberia haber reflexionado antes, que declarando fuera de la ley al elector de Brandeburgo no habia hecho mas que herirse á sí mismo. En efecto, como emperador habia declarado solemnemente que no se apropiaria ni adjudicaria nada de lo que se quitara á un miembro del imperio declarado fuera de la ley, sino que lo dejaria para

el mismo imperio despues de indemnizar con ello á la parte agraviada, y como ya sabemos que esto iba directamente contra todos los planes de la emperatriz (que queria la Silesia para sí) el gobierno imperial se resolvió á entregar todo el incidente al olvido, y á someterse tácitamente al comentario, á la verdad muy acerado, que Plotho presentó impreso al imperio y á la dieta para hacer constar lo que habia sucedido en el domicilio de la embajada de Brandeburgo con un hombre llamado Aprill que decia ser notario y pretendia efectuar una citacion el 14 de octubre del mismo año. Entonces sin embargo el embajador, que presentó esta Memoria el 29 de noviembre á los enviados de los miembros del im-

perio presentes en Francfort, no era ya el representante del vencido de Kolin, sino el del vencedor de Rossbach, y la nacion prusiana no ha olvidado el comportamiento enérgico del embajador Plotho en 14 de octubre de aquel año.

En la asamblea del imperio que se celebró en el año 1764 para elegir y coronar al rey de romanos (título del sucesor presunto del emperador de Alemania) José II en Francfort, estaba tambien el embajador brandeburgués, caballero de Plotho, en representacion del príncipe elector, rey de Prusia, su soberano, entre los personajes que allí ostentaban su importancia, riqueza y poderio, ó los de los príncipes, señorios y Estados que representaban. Observábase cierta economía,



Enrique Cristóbal Lfber, Baron de Plotho

tanto en el traje, como en los carruajes y libreas que gastaba el señor de Plotho; pero en cambio le rodeaba una aureola de héroe diplomático. Goethe contaba entonces quince años y no se cansaba de mirar con inmenso interés y profunda veneracion al caballero «que habia arrojado ó mandado arrojar por la escalera al notario del imperio Aprill;» y cuando anciano ya, escribió su *Poesía y Verdad* refirió como si hubiese sucedido el día antes la impresion que el señor de Plotho habia causado en la gente plebeya y sumisa, diciendo: «Creimos lo primero (que Plotho habia arrojado con sus propias manos al notario por la escalera); porque nos gustó mas, y porque nos pareció tambien muy capaz de ello aquel hombre pequeño, rechoncho, cuyos ojos negros estaban en continuo movimiento. Todo el mundo corria para verle, particularmente cuando bajaba de su coche, oyéndose siempre entre

la multitud embodada un murmullo de admiracion que á no haber sido por el respeto se habria trasformado en vivas.»

Hemos dejado á los príncipes de Hildburghausen y Soubise en el campamento que habian formado en Mücheln despues de su retirada del rio Saale en 2 de noviembre. Soubise dudaba muchísimo que el rey Federico le siguiera mas allá del rio, y á decir verdad no contaba en su interior con semejante contingencia á juzgar por el tono belicoso en que escribió al ministro Paulmy, tono muy propio de aquellos que saben que no ha de llegar el caso de probar su valor. Decia, en efecto, con fecha 2 de noviembre: «Si pasa el Saale, creo que la gloria de nuestra nacion y la seguridad de nuestros cuarteles de invierno exigen que vayamos á su encuentro sin dilacion y le derrotemos. Las tropas lo piden con una foga-sidad que es un excelente augurio.» El día 3 á medio día supo

Soubise que Federico habia dado órden de componer el puente del Saale cerca de Weissenfels y que se preparaba á pasar el rio. Al momento mandó reconocer todas las cercanías de su campamento en busca de un «campo de batalla» adecuado; y antes de haber concluido esta operacion, llegó Federico con tres columnas hasta Braunsdorf. En una carta empezada el día 4 y concluida el día 5 por la mañana, que Soubise mandó por un correo á Paris un momento antes de la batalla dice: «En la noche (del día 3 al 4) aguardábamos un ataque y todos estaban en sus respectivos puestos. Por la mañana pareció evidente que nos queria atacar, pero despues de haber hecho un reconocimiento se ha retirado. Si los prusianos conservan mañana sus posiciones, tomaremos el partido de marchar hácia la derecha, con lo cual obligaremos al rey de Prusia á dejarnos en paz.» El resto de la carta que sigue á continuacion sin separacion ninguna, está escrito evidentemente en la mañana del día 5, porque dice: «Ayer ha visto que no se le teme. No puedo expresar la alegría que se retrató en todos los semblantes. Es una desgracia que el rey de Prusia no haya querido aceptar la partida. Creo que lo mismo sucederá en la primera ocasion que vuelva á presentarse; por lo que toca á ayer, todo estaba perfectamente preparado y las tropas muy contentas con las disposiciones tomadas, que debo en su mayor parte al duque de Broglie, á los condes de Mailly y Saint Germain, á otros generales y á todo nuestro estado mayor, cuya pericia ha brillado en todo su esplendor en el momento en que se estaba seguro de una batalla inmediata.»

El 4 de noviembre fué para los franceses un día infausto, que dió lugar á las ilusiones que causaron su derrota al día siguiente.

A instancias del príncipe de Hildburghausen habiase abandonado el día 3 por la noche la posicion desfavorable cerca de Mücheln para ocupar otra mejor y mas al Sur cerca de Branderoda, donde se habian parapetado las tropas federales en el extremo del ala derecha con reductos y buenas baterías. Por la mañana del día 4 salió Federico con todo su ejército en órden de batalla para hacer un reconocimiento, y despues de haber examinado la posicion enemiga y visto las dificultades demasiado grandes que ofrecia el ataque, se retiró; pero no al campamento que acababa de abandonar, sino á otro nuevo mas inmediato al enemigo, entre Bedra, Schortau y Rossbach. La retirada sin lucha de los prusianos, que habian salido de su campamento con sus bagajes y habian llegado ya cerca de las alturas ocupadas por los franceses, hasta entonces invictos, fué un espectáculo que llenó á estos de entusiasmo, al cual no resistió el mismo príncipe de Soubise, tan espantadizo. A la alegría radiante que se veía en todos los semblantes sucedió como consecuencia el entusiasmo con que se admitió la proposicion del príncipe de Hildburghausen de marchar con todo el ejército hácia la derecha para rodear y copar al ejército enemigo, destinando para esto el día siguiente.

Todas las relaciones de los testigos oculares están acordes en que era el príncipe de Hildburghausen quien siempre insistia en la ofensiva, mientras Soubise, segun él mismo dice, hizo todo lo humanamente posible para eludir toda batalla siguiendo las instrucciones que tenia de Versailles. El de Hildburghausen, que era el general en jefe de los ejércitos reunidos, estaba muy lejos de hacerse ilusiones sobre la calidad de su ejército, segun se ve por un informe que escribió al emperador despues de la derrota en Weimar el 7 de noviembre, en el cual dice: «He descrito con toda franqueza y con los colores mas vivos el estado de las fuerzas federales y el del ejército auxiliar francés, su desórden y mala disciplina, y he expuesto otras muchas consideraciones relativas

á estas tropas. Hasta he asegurado que bastaba y sobraba una columna de dos á tres regimientos para derrotar á este ejército; siempre he rogado que se mirase mas á la calidad que á la cantidad; y he suplicado casi por amor de Dios que se comparase la ventaja que podia dar de sí una victoria, con el inmenso perjuicio que resultaria infaliblemente de la pérdida de una batalla campal; he pedido encarecidamente que no se me obligase á acometer una empresa de la cual no esperaba mas que perjuicios y desgracias; pero ha sido todo inútil, y en todos los correos se me ha instado siempre á pasar adelante, pareciendo hasta que se dudaba de mi valor.»



Esto era un poderoso motivo que impulsaba al general á operar cuanto antes; otro era la situacion y el espíritu de las tropas que estaban positivamente en la alternativa de morir de hambre ó de pelear, si no se queria emprender la retirada. No fué él quien habia escogido la posicion cerca de Mücheln, sino al contrario se habia visto obligado á aceptarla por estar allí Soubise, á quien era imposible hacer mover con órdenes enviadas desde lejos. El príncipe de Hildburghausen, inmediatamente despues de haber abandonado el rio Saale, envió delante una buena mitad de la infantería federal mandada por el príncipe de Baden-Durlach, con órden de pasar al otro lado del rio Unstrut, mientras él con la otra mitad mas pequeña, de 15 batallones, siguió en direccion de los franceses hasta Mücheln, con el objeto de llevárselos consigo tambien al otro lado del Unstrut; pero la súbita aproximacion del rey de Prusia desbarató este plan, obligando al príncipe de Hildburghausen á dar la batalla donde estaba. Sin embargo no habia nada preparado para este cambio repentino, faltando completamente los viveres, pues aunque habia grandes depósitos en Erfurt, Eisenach y en otras partes, no podian utilizarse por falta de carruajes, porque los franceses se habian llevado todos los carros y ganados del país. El resultado fué que el 2 de noviembre hubo entre las tropas federales en el campamento de Mücheln una hambre verdadera que originó un merodeo general y gravísimos excesos entre la tropa y la poblacion rural. Cuando amaneció el 5 de noviembre hacia 5 días que las tropas federales estaban